

RIGOBERTA MENCHU

# "Escuchen también a los que no tienen voz": la lucha de las comunidades indígenas del Tercer Mundo

Rigoberta Menchú es líder indígena guatemalteca y premio Nobel de la Paz. Este texto se basa en una conferencia que pronunció en la Fundación Cultural de la Caja de Ahorros del Mediterráneo, Alicante, el 16 de mayo de 1994.

Nací en una cuna pobre, también nací en una cuna maya y he nacido de la lucha de mi gente. Nunca hay algo que se aprenda solo en la vida, sino que se aprende junto a todos, junto a los ancianos, los jóvenes, junto a un pueblo que por mucho tiempo no ha podido expresarse, y sólo se supo expresar a través de su silencio y de sus justas luchas; y mantuvo en silencio su historia para quizá algún día florecer.

Así defino el pueblo del que vengo, un pueblo que comparte una nación hermosa pero que ha visto represión, muerte, guerra. ¿Por qué tiene que haber guerra para poder ser importantes sobre la Tierra y tener que perder un ser querido, un hogar, para poder tener un espacio en los corazones de la humanidad? Yo misma no significaría nada a no ser por ese pueblo que tiene esperanza de futuro, y por los herederos de los aztecas, nietos de los mayas, que luchan por una vida más equilibrada.

Nosotros luchamos por la vida, y espero que la lucha de los pueblos indígenas en este fin de siglo signifique bastante para los pueblos del mundo.

Más de 50 países del mundo tienen conflictos armados internos, que afectan especialmente a los niños y a la juventud. Si toda la población mundial jugara un papel activo en rescatar los valores y en apoyar las luchas por los derechos humanos y las preocupaciones sociales, por una educación más integral, seguramente

resolveríamos muchos problemas, encontraríamos muchas respuestas. Pero normalmente eso no se hace.

En 1992, cuando recibimos el Premio Nobel, yo me comprometí a no renunciar jamás a la cuna en la que nació, pero al mismo tiempo hice público que este premio sólo tiene contenido si es activo. Puede haber muchos símbolos en la vida (he recibido ocho doctorados *honoris causa*) pero si sólo me rigiera por mis títulos seguramente perdería la sensibilidad como muchos otros. Lo más importante aquí es la lucha junto a otros. Esta convicción se hizo más firme el año pasado, cuando me tocó visitar muchos países en los que hay pueblos indígenas, miseria, hambre, muertes, donde hay infinidad de niños sin hogar. Uno se pregunta dónde quedan los derechos humanos en todo esto.

Visité muchas áreas de conflicto y me di cuenta de que en realidad los pueblos tienen consigo mismos su esperanza. En ninguno de los pueblos encontré desprecio a la vida o frustración, o ausencia de sueños de futuro. En medio de las condiciones más terribles, de las pobreza y miserias más grandes, uno ve un pequeño poeta que escribe algo y trata de expresar sus sentimientos, un pequeño artista que tal vez podría hacer muchos cuadros dedicados a la humanidad si algún día tuviera la oportunidad de ser conocido y apreciado por los demás.

Yo tuve la oportunidad de conocer mujeres muy valientes que han nacido del dolor, pero lo han hecho con mucha dignidad y valor para poder seguir adelante, lo que significa una referencia de esperanza en cada uno de esos países.

Yo he visto muchas viudas, madres de cinco o seis hijos, que no tienen comida ni la esperanza de que los hijos algún día tengan un futuro. No pelean por el poder pero sí conservan la lucha por sobrevivir junto a su familia con ese valor colectivo que les da la fuerza y les da la vida.

Son pocos los seres humanos que viven bien en toda la humanidad, y es por eso que, finalizando este siglo, la lucha por los derechos humanos no puede ser caritativa sino de militancia, de compromiso, de trabajo, y eso no lo puede hacer una sola persona, sino todos los que entendamos que una herida en la tierra donde yo nació es una herida en la humanidad.

Esto no es una queja sino un reclamo de conciencia, tenemos que tener conciencia del mundo en el que vivimos. Si lo hubieran hecho nuestros abuelos, todos los abuelos del mundo, algo habría cambiado y no seríamos nosotros las víctimas más vivas de este fin de siglo de transformaciones, de rescate de valores que están perdidos.

Muchas veces pensamos que no podemos dejarlo para mañana, así que soy partidaria de la educación autodidacta. Los científicos se quedaron demasiado tiempo sobre los escritorios, tratando de hacer experimentos, y olvidaron inmensas cantidades de población mundial. Es por eso que hay conflictos.

### **Qué órgano, qué tribunal**

Yo soy una premio Nobel de la Paz que no tendría razón de ser sin que mencione las causas que originan los conflictos. Ningún conflicto nace por sí mismo, esta ley es válida para cualquier guerra, sino que procede de causas muy profundas, cuyo concurso también es necesario para llegar a una solución.

Cualquier esfuerzo ha de estar encaminado a encontrar las causas de los conflictos, pero desafortunadamente los conflictos han llegado a puntos extremos. ¿Qué hacemos ante las atrocidades que se están cometiendo en los Balcanes? ¿Qué hacemos ante la infinidad de atropellos que sufre la mujer en este fin de siglo? ¡Hay tantos hombres y mujeres indígenas que desean la justicia y que quisieran tener una vida digna! Pero no sabemos a qué tribunal dirigirnos, a qué órgano internacional efectivo remitir nuestras inquietudes para buscar una solución, a qué público transmitir los problemas.

Todo parece indicar que la confianza entre seres humanos se estuviera empezando a perder, cuando antes las normas internacionales tenían más peso en la solución de los problemas. Es en este contexto en el que quisiéramos hacer algo, y casi todos los planes de trabajo que estamos trazando se ubican ya en el próximo decenio. Nada se puede hacer en un año o en dos, o en la propia experiencia de una sola persona. Hay, por tanto, que pensar a largo plazo, de manera global, reclamando los derechos y la ética, sabiendo que sólo se puede lograr algo mediante un largo proceso.

Hay que tratar de devolver a la comunidad humana la sencillez que ha perdido y el descubrimiento de los pueblos y generar equilibrios.

Estoy segura de que el 90% de la población mundial es pobre: la extrema pobreza, la hambruna, pasa en este momento por la vida de más de un 50% de los habitantes de la Tierra. Es tan fuerte el desequilibrio: hay sin embargo otros que tiran la comida, que viven bien, a los que no les preocupará lo que pasa con el medio ambiente, ni siquiera que sus hijos amanezcan mañana contaminados o intoxicados por tanta maldad.

Ahora se han borrado alguna fronteras. Antes el Tercer Mundo estaba muy lejos, eran pueblos que no sabían vivir, pero ahora cada vez está más cerca. Aún tenemos una oportunidad para rectificar pero sólo puede ser posible a través de una nueva educación.

¿Qué significa una nueva educación? Creo que es necesario impulsar programas para que la población tome conciencia de lo que ocurre, y que al lado de un título profesional siempre haya un conocimiento de los problemas sociales. Si no conseguimos ese equilibrio seguiremos entendiendo los problemas como asuntos locales que no nos atañen, y los problemas seguirán proliferando.

Ha sido muy difícil poder materializar el significado institucional del premio Nobel. Yo recibí el galardón cuando no tenía casa y poco a poco he tratado de hacerlo efectivo sobre el terreno, iniciando una experiencia importante: comprobar la eficacia de las instituciones. En el campo se tiene otra concepción, se lucha y se vive de otra manera.

Yo procedo de una organización campesina indígena, y hubo que pasar por muchas pruebas y frustraciones para institucionalizar labor, porque descubrimos que la gran mayoría de las instituciones trabaja al margen de las necesidades de los pueblos: hacen sus proyectos en los despachos para después imponérselos a la gente; si les gusta, bien y si no, también.

Es así como hemos descubierto una gran necesidad de entender a los pueblos, por lo que nos hemos comprometido a trabajar por nuestra gente respetando la comunidad, materializando junto a ellos las experiencias y, quizá algún día,

*La lucha de los pueblos indígenas ha contribuido también a la consideración por parte de la juventud de los problemas del futuro y ha calado en el pensamiento de los que defienden el medio ambiente.*

aspirar a una empresa, una cooperativa o una asociación que no sustituya al valor comunitario. La comunidad es más grande que una fuente de ingresos compartida.

Hemos creado esas instituciones, entre otras la Fundación Vicente Menchú, que tiene una esencia indígena y tratará de canalizar nuestras aspiraciones a través de programas de desarrollo. De un nuevo modelo de desarrollo alternativo a ese otro que ha fracasado en la vida de los pueblos.

También presido el Centro por la vida y la libertad Rigoberta Menchú, que trata de construir la paz a través de la educación y el impacto informativo. Esta fundación no puede ser simbólica sino que tiene que trabajar de una manera concreta, al lado de otras organizaciones.

Este premio Nobel ha de tener mucho más alcance que una década, se trata de involucrar la realidad de muchos pueblos en el contenido de la paz y de la cultura.

### **El peso indígena**

La lucha de los pueblos indígenas ha contribuido también a la consideración por parte de la juventud de los problemas del futuro y ha calado en el pensamiento de los que defienden el medio ambiente. Nosotros nos sentimos participantes, aunque no se nos suela reconocer, en las grandes contribuciones por el medio ambiente y el desarrollo equilibrado.

Hace doce años, cuando llegamos a las Naciones Unidas, éramos cuatro gatos corriendo por los pasillos, persiguiendo a los diplomáticos en busca de una cita, hasta que alguno se compadecía de nosotros y escuchaba nuestros problemas. Así es como hemos ido forjando la lucha de los pueblos indígenas en el marco internacional, y así es como fuimos logrando el año internacional de los pueblos indígenas, que fue corto.

Con ocasión del Quinto Centenario del descubrimiento aprovechamos para denunciar los problemas sociales y la herencia colonial, que en muchos casos permanece en nuestras tierras. No somos antiespañoles, como algunos nos acusaron, queríamos inducir a la reflexión sobre las realidades de nuestros pueblos.

Después del Quinto Centenario los pueblos indígenas comenzaron a ser cada vez más respetados. Hicimos una campaña muy fuerte contra el paternalismo porque mucha gente nos contemplaba con tristeza. No nos veían con respeto, como una civilización que merece comprensión y que puede hacer su aportación a la cultura mundial. Mucha gente nos aprobaba, siempre y cuando luciéramos lo hermoso de nuestros trajes y de nuestro arte, pero no estaban dispuestos a escuchar nuestro pensamiento y nuestra reivindicación de justicia.

El año internacional de los pueblos indígenas pasó desapercibido por muchas instituciones, por lo que seguimos avanzando hasta conseguir el decenio internacional de los pueblos indígenas. Este decenio comenzará en 1995 y será además de un marco, una oportunidad para que los indígenas podamos reafirmar nuestras luchas y nuestra identidad y soñar con algunas transformaciones directas. Queremos una reforma de las constituciones, participar en la elaboración de las normas nacionales, continentales e internacionales, que se nos dé una oportunidad de

*“Escuchen también a los que no tienen voz”: las luchas de las comunidades indígenas del Tercer Mundo*

reflexión para poder impulsar el desarrollo y la cooperación; quisiéramos ser tomados en cuenta en las grandes cumbres de jefes de Estado, reafirmar nuestras culturas.

Este decenio supone una oportunidad para los indígenas, y también para los que no lo son: una oportunidad para replantear la educación, revalorar la historia, reencontrar los problemas y los valores, construir nuevas relaciones.

Los pueblos indígenas tenemos gente, hijos valiosos que han ido desarrollando conocimientos, por lo que también vamos a luchar por los derechos intelectuales y profesionales de nuestra gente. Pretendemos que no se nos dé paternalismo, no queremos inspirar lástima, sino que la gente nos respete tal como somos, con pueblos, con memorias, con tanta riqueza que aportar a la cultura universal.

También queremos convocar a los artistas, a los nuevos expertos a que no se acerquen a nuestros pueblos con la pretensión de estudiar sus peculiaridades, sino que vayan a aprender, a armar nuevas relaciones que algún día puedan cambiar la historia del estudio científico de las civilizaciones indígenas. Ojalá que nadie más quiera estudiar a los indígenas. Es un reto. Cuando alguien estudia a otro se sitúa en un lugar superior, y esto no es admisible en este final de siglo.

Es necesario, para la consolidación de los objetivos que tenemos planteados, tener capacidad de impacto. No dejen nunca de escuchar el mensaje de un hermano indígena aunque no sea Rigoberta Menchú. Frente a los grandes políticos del mundo, está bien que escuchen a Rigoberta Menchú, pero también escuchen a los otros, a los que no tienen voz. Ocuparemos la silla de honor porque esa no nos hace daño, pero también ocuparemos esas sillas de madera, hechas a mano, cuando allí tengamos que estar, porque tampoco nos hace daño.

La grandeza de cada persona no es lo que dice tener, sino la profundidad de su lucha, su compromiso y su conciencia. La grandeza de este premio Nobel no es lo que traigo conmigo, sino lo que podemos hacer en Guatemala, al lado de los mayas, en Ecuador, Colombia, Perú, Bolivia, pero también en Nueva Zelanda, Tailandia o en cualquier otro lugar.

No necesitamos ser cadáveres para poder impactar a la humanidad, simplemente luchamos por la vida.

*El año internacional de los pueblos indígenas pasó desapercibido por muchas instituciones, por lo que seguimos avanzando hasta conseguir el decenio internacional de los pueblos indígenas.*